

LA CÓMODA

John Cheever

¡Oh!, odio a los hombres bajitos y no volveré a escribir sobre ellos, pero de paso me gustaría decir que mi hermano Richard es precisamente eso: un hombre bajito. Tiene las manos pequeñas, los pies pequeños, la cintura pequeña, los hijos y la mujer pequeños, y cuando asiste a nuestras fiestas se sienta en una silla pequeña. Si coges un libro suyo, encuentras en la guarda su nombre, «Richard Norton», escrito con su letra diminuta. En mi opinión, emana una aura repulsiva de pequeñez. Es también un niño mimado, y si vas a su casa, comes en sus platos su comida con cubiertos suyos, y si respetas las caprichosas y vulgares normas de su hogar tal vez tengas la suerte de probar un poco de su brandy, del mismo modo que hace treinta años uno iba a su habitación a jugar con sus juguetes a su antojo, y a ser recompensado con un vaso de gaseosa. Cierta gente convierte sus pasiones más en una actuación que en una aventura. Al parecer, no se enamoran ni hacen amistades, sino que representan con hombres, mujeres, niños y perros un bullicioso drama para el que estaban predestinados desde el momento de su nacimiento. Esto es especialmente notable en aquellos cuya teatralidad está limitada por la pobreza de su gama emocional. Su torpe actuación desvía nuestra atención hacia la obra. La que hace de ingenua es demasiado vieja, lo mismo que la primera actriz. El perro no es de la raza apropiada, los muebles no hacen juego, el vestuario es andrajoso, y cuando en la obra se sirve café, parece que no hay nada en la cafetera. Pero el drama prosigue con tanto terror y piedad como en las escenografías más magníficas. Observando a mi hermano, pienso que ha elegido un elenco de segunda fila, y que representa, quizá hasta la eternidad, el papel de niño mimado.

Es tradicional en nuestra familia exhibir nuestra más intensa capacidad emotiva cuando hay alguna herencia de por medio: nos apoderamos de una vajilla antes de que el testamento haya sido legalizado, nos disputamos una alfombra tirando de cada uno de sus lados, y rompemos lazos de sangre por culpa de una silla rota. Los cuentos y los relatos que nos hablan de un tenaz apego a un objeto —una sopera o una cómoda— parecen reducirse a la contextura del objeto mismo, el vidriado de la porcelana o el acabado de la madera, y provocan aquel sentimiento de frustración que yo, por lo menos, experimento cuando oigo música de clavicordio. Del último encontronazo que tuve con mi hermano fue responsable una cómoda. Como nuestra madre murió inesperadamente y había en su testamento una cláusula ambigua, la prima Mathilda se hizo con parte de la herencia familiar. En aquel momento nadie se sintió con fuerzas para oponerse a sus pretensiones. Ahora ha rebasado la frontera de los noventa, y al parecer la edad la ha curado de la rapacidad. Nos escribió a Richard y a mí comunicándonos que si poseía algo de nuestro gusto la haría feliz cedérselo. Contesté que me gustaría quedarme con la cómoda. Recuerdo que era un mueble grácil y con las patas arqueadas, de pesados bronce y un chapado muy pulido de color marrón oscuro. Mi petición fue poco entusiasta. En realidad, la cómoda no me importaba gran cosa, pero mi hermano sí la quería. La prima Mathilda le escribió diciéndole que iba a dármela a mí, y él me telefoneó para decirme que la quería, que quería la cómoda hasta el punto de que no tenía sentido discutirlo. Me preguntó si podía visitarnos el domingo —vivimos a unos ochenta kilómetros de su casa— y, por supuesto, le dije que sí.

Como esta vez no se trataba de su casa ni de su whisky, prodigó el sol de su seducción concediéndome el derecho de tostarme a su luz, y al advertir en el jardín unas rosas que él había regalado a mi mujer hacía muchos años, comentó: «Ya veo que mis

rosas están bien». Tomamos una copa en el jardín. Hacía un día primaveral, uno de esos domingos de un verde dorado que inspiran incredulidad. Todo florecía, se abría, volvía a la vida. Había más cosas que no eran visibles —luces prismáticas, olores prismáticos, algo que producía un estremecimiento de placer—, pero lo más excitante y misterioso era la sombra, la luz que uno no acertaba a definir. Estábamos sentados bajo un gran arce cuyas hojas no se habían formado aún del todo, aunque sí lo bastante para retener la luz, y su belleza era asombrosa; no parecía un solo árbol, sino uno más entre millones, un eslabón de una larga cadena de árboles frondosos que empezaba en la infancia.

—¿Qué me dices de la cómoda? —preguntó Richard.

—¿Qué quieres que te diga? La prima Mathilda me escribió para preguntarme si quería algo y le dije que lo único que quería era la cómoda.

—Nunca te has preocupado por esas cosas.

—Yo no diría eso.

—Pero ¡esa cómoda es mía!

—Todo ha sido siempre tuyo, Richard.

—No discutáis —dijo mi mujer, y tenía toda la razón. Yo había hablado neciamente.

—Me encantaría comprarte la cómoda —dijo Richard.

—No quiero tu dinero.

—¿Qué quieres?

—Me gustaría saber por qué quieres tanto ese mueble.

—Es difícil de decir, pero lo quiero, ¡lo quiero con toda mi alma!

Estaba hablando con un ardor y una candidez insólitos. Parecía tratarse de algo más que de su proverbial sentido de la posesión.

—No lo sé con certeza —añadió—. Me parece que fue el centro de nuestra casa, el centro de nuestra vida hasta que mamá murió. Si tuviese un mueble sólido, un objeto al que remitirme, eso me recordaría lo felices que éramos, el modo en que vivíamos...

Lo comprendí (¿quién no lo haría?), pero sospeché sus auténticos motivos. La cómoda era un mueble elegante, y me pregunté si no lo querría como sello de alcurnia, como una especie de escudo de armas familiar, algo que atestiguase la opulencia de su pasado y certificase su calidad de descendiente de los colonos más aristocráticos del siglo XVII. Podía imaginarlo orgullosamente situado junto a la cómoda, con una copa en la mano. Mi cómoda. Figuraría en segundo plano de sus tarjetas de Navidad, porque era una de esas obras de ebanistería que parecen poseer el cuño de la más exquisita educación. Sería la pieza final del rompecabezas de respetabilidad que había constituido a lo largo de su vida. Habíamos compartido un pasado lleno de facturas que había que pagar, agitado y en ocasiones triste, y Richard se había encumbrado desde ese caos hasta una cima de esplendorosa y deslumbrante respetabilidad, pero quizá la cómoda mejoraría más aún aquella imagen de sí mismo; quizá su imagen no estaría completa sin la cómoda.

Le dije que podía quedarse con el mueble, y me lo agradeció con efusividad. Escribí a Mathilda y ella me contestó. Me enviaría, a modo de consolación, la caja de costura de la abuela DeLancey, con su interesante contenido: el abanico chino, el caballito de mar de Venecia y la invitación al Buckingham Palace. Había un problema con el traslado. El amable señor Osborn estaba dispuesto a transportar la cómoda hasta mi casa, pero no más lejos. La entregaría el jueves y yo podría llevársela a Richard en mi camioneta cuando lo estimase conveniente. Telefoneé a Richard y le conté cómo estaban las cosas, y él se mostró nervioso y preocupado, como desde el principio. ¿Era mi vehículo lo suficientemente grande? ¿Estaba en buenas condiciones? ¿Dónde iba a guardar la cómoda desde el jueves hasta el domingo? No podía dejarla en el garaje.

El jueves, al volver a casa, la cómoda ya había llegado y estaba en el garaje.

Richard llamó en mitad de la cena para ver si la tenía ya en casa, y habló de un modo revelador, desde lo más hondo de su peculiar forma de ser.

—Entonces, ¿vas a darme la cómoda? —preguntó.

—No te entiendo.

—¿No vas a quedarte con ella?

¿Qué significaba aquello? ¿Por qué sentía celos, así como amor, por un pedazo de madera? Le dije que se la entregaría el domingo, pero no me creyó. El domingo por la mañana vendría en su coche con Wilma, su diminuta mujer, y me acompañaría durante el traslado.

El sábado, mi hijo mayor me ayudó a llevar la cómoda desde el garaje hasta el vestíbulo, y tuve oportunidad de examinarla con detalle. La prima Mathilda la había cuidado con esmero y el chapado rojizo tenía un esmalte muy grueso, pero en la parte superior había un círculo oscuro —brillaba a través del esmalte como algo que se ve bajo el agua—, en el lugar que había ocupado, durante tanto tiempo como yo podía recordar, un antiguo jarrón de plata lleno de flores de manzano, peonías, rosas o, hacia el final del verano, crisantemos y hojas de colores. Recuerdo lo que contenían los cajones, que albergaban una especie de precipitado de nuestras vidas: correas de perro, guirnalda de Navidad, pelotas de golf y naipes, el ángel alemán, el cortapapeles con el que el primo Timothy se había apuñalado, el tintero de cristal y las llaves de muchísimas puertas ya olvidadas. Era un recordatorio poderoso.

Richard y Wilma llegaron el domingo, con un montón de mantas suaves para proteger el barniz de las asperezas de mi vehículo. Richard y la cómoda estaban unidos como auténticos amantes y, teniendo en cuenta las posibilidades de magnificencia y patetismo en el amor, parecía trágico que se hubiera prendado de un mueble. He visto jardineros apegados a sus céspedes, violinistas que sienten cariño por sus instrumentos, jugadores que adoran sus amuletos y ancianas enamoradas de sus encajes; y Richard se encontraba consigo mismo en aquel reino emotivo, tan pródigo como el amoroso. Observó inquieto cómo mi hijo y yo transportábamos el mueble envuelto en mantas hasta la camioneta. Era un poquito demasiado grande. Las patas talladas en forma de garras sobresalían algo de la puerta trasera. Richard se retorció las manos, pero no tuvo más remedio que aceptarlo. Arrancamos en cuanto la cómoda estuvo bien sujeta. No me apremió para que condujese con cuidado, pero yo sabía que lo estaba pensando.

Cuando ocurrió el accidente, se me podría haber reprochado mi desgana, pero no los hechos. No había manera de evitarlo. Nos detuvimos en la cabina de peaje, aguardando a que me dieran el cambio, cuando un descapotable lleno de adolescentes chocó con la parte trasera de mi vehículo y redujo a astillas una de las patas curvas.

—¡Estúpidos locos! —aulló Richard—. ¡Irresponsables, locos, delincuentes!

Se apeó, agitando las manos y jurando. El daño no me pareció excesivo, pero Richard estaba desconsolado. Con lágrimas en los ojos, reprendió a los perplejos culpables. La cómoda era de incalculable valor. Tenía más de doscientos años de antigüedad. Ninguna suma, ningún seguro podría compensar el daño. El mundo había perdido un objeto hermoso y raro. Mientras él desvariaba, los coches se amontonaron a nuestra espalda, empezaron a tocar las bocinas y el empleado del peaje nos dijo que avanzáramos. «Esto es una cosa seria», le replicó Richard. Proseguimos viaje después de haber apuntado el nombre y la matrícula del culpable que iba conduciendo, pero mi hermano estaba terriblemente afectado. Una vez en su casa, llevamos delicadamente al comedor la antigüedad lastimada y la depositamos en el suelo sin quitarle las mantas. Su desazón parecía haber dado paso a un resquicio de esperanza, y cuando tocó la pata dañada resultó evidente que pensaba ya en que el perjuicio podría ser remediado en el futuro. Me dio una copa decente y conversamos acerca del jardín, tal como deben hacer

los hombres bien educados que topan con una tragedia personal, pero noté que su corazón se hallaba junto a la víctima de la habitación contigua.

Richard y yo no nos vemos muy a menudo; en aquella ocasión no coincidimos durante aproximadamente un mes, y nos encontramos por casualidad cenando en el aeropuerto de Boston, donde ambos estábamos esperando un avión. Era verano, calculo que a mediados de verano, porque yo iba a Nantucket. Hacía calor. Estaba oscureciendo. Aquella noche había un menú especial que exigía espadas en llamas. Servían en una mesa aparte la comida preparada —kebab, hígado de ternera o medio pollo tomatero— y espetada en una pequeña espada. El camarero clavaba entonces en la punta algo parecido a un algodón, lo encendía y servía el plato con una llamarada de fuego y caballerosidad. Menciono esto no porque parezca cómico o vulgar, sino porque era conmovedor observar en el anochecer estival cómo deleitaba este espectáculo a la buena y modesta gente de Boston. Mientras las brochetas llameantes iban de un lado para otro, Richard me hablaba de la cómoda.

¡Qué aventura! ¡Qué historia! Primero había buscado a todos los ebanistas de las inmediaciones hasta localizar en Westport a un hombre a quien confiar la reparación de la pata, pero cuando el artesano vio el mueble, se prendó de él. Quiso comprarlo, y cuando Richard se negó a vendérselo mostró deseos de conocer su historia. Una vez reparado, lo fotografiaron y enviaron la foto a una autoridad sobre el mobiliario del siglo XVII. Resultó que era una pieza famosa, la célebre cómoda Barstow, obra realizada en 1780 por el célebre ebanista Sturbridge y que se creía perdida en un incendio. Había pertenecido a la familia Poole (nuestra tatarabuela era una Poole), y figuraba en sus inventarios hasta 1840, en que su casa fue destruida, pero se había perdido toda pista sobre su paradero. La pieza había llegado hasta nosotros en bastante buen estado. Y ahora la reclamaban como a un hijo pródigo los más nobles anticuarios. Un conservador del Metropolitan había pedido insistentemente a Richard que la cediese al museo en calidad de préstamo. Un coleccionista le había ofrecido diez mil dólares. Richard gozaba de la deliciosa experiencia de descubrir que casi toda la humanidad idolatraba lo que él adoraba y poseía.

Pestañeeé al oír la cifra; después de todo, podía haberme quedado con el mueble, pero yo no lo quería, en realidad, nunca lo había querido, y en el comedor del aeropuerto presentí que Richard corría alguna clase de peligro. Nos despedimos y cada uno tomó un vuelo con distinto rumbo. Me telefoneó en otoño para hablar de unos negocios, y de nuevo mencionó la cómoda. ¿Me acordaba de la alfombra sobre la que estaba puesta en casa? Sí, me acordaba. Era una vieja alfombra turca, multicolor, decorada con símbolos arcanos. Pues bien, había encontrado una muy parecida en el local de un comerciante neoyorquino, y ahora las patas en forma de garras descansaban sobre los mismos campos geométricos de color marrón y amarillo. Era evidente que estaba juntando las cosas —completando el rompecabezas—, y aunque nunca me contó lo que sucedió después, puedo imaginarlo fácilmente. Compró un jarrón de plata, lo llenó de hojas, y una noche de otoño se sentó allí solo a beber whisky y admirar su creación.

Debía de llover la noche que he imaginado; ningún otro sonido transporta al pasado a Richard con tanta velocidad. Por fin todo era perfecto: el jarrón, el esmalte sobre los gruesos bronce, la alfombra. Se diría que la cómoda, en vez de haber sido trasladada al presente, se había desplazado hacia el pasado con todo lo que antaño la circundaba en la habitación. ¿No era eso lo que él quería? Admiraría el oscuro cerco sobre el esmalte y la fragancia de los cajones vacíos y, bajo el influjo de los dos líquidos —la lluvia y el whisky—, las manos de aquellos que habían tocado la cómoda, la habían abrigado, descansado sus copas sobre ella, colocado las flores en el cántaro y guardado pedazos de cuerda en los cajones surgirían de la oscuridad. Mientras las contemplaba, sus desvaídas huellas dactilares se asirían al esmalte, como si ese fuera su modo de aferrarse a la vida.

Al recordarlas, al dar un paso más hacia adelante, las convocó, y ellas bajaron impetuosamente a la habitación, volaron, como si todos esos niños hubieran estado esperando con dolor e impaciencia la invitación de Richard.

La primera que volvió de entre los muertos fue la abuela DeLancey, enteramente vestida de negro y oliendo a jengibre. Guapa, inteligente, triunfadora, había roto con el pasado, y el estremecimiento que eso le causó la había acompañado con la fuerza de una ola a lo largo de todos los días de su vida y, hasta donde es posible saberlo, la había arrojado a las mismas puertas del paraíso. Su educación, dijo la abuela desdeñosamente, había consistido en aprender a coser el dobladillo de un pañuelo y a hablar un poco de francés, pero había abandonado un mundo donde era impropio de una mujer tener una opinión, y había accedido a otro donde podía expresar sus criterios desde una tribuna, aporrear el atril con el puño, pasear sola en la oscuridad y aclamar a los bomberos (como siempre había hecho) cuando el coche rojo subía la calle como un demonio. Su estilo era firme y profético, porque había viajado nada menos que hasta Cleveland dando conferencias sobre los derechos de las mujeres. ¡Una mujer puede ser cualquier cosa! ¡Médico! ¡Abogado! ¡Ingeniero! Una dama puede, como la tía Louisa, fumar puros.

La tía Louisa apareció fumando un puro al llegar por los aires a la reunión. Los flecos de su chal español flotaban a su espalda, y sus aretes se balancearon cuando hizo, como de costumbre, una entrada vigorosa y apresurada, tocó la cómoda y se instaló en una silla azul. Era una artista. Había estudiado en Roma. La crudeza, la extravagancia, la pasión y el desastre la seguían a todas partes. Abordaba todos los grandes temas: el rapto de las Sabinas y el saco de Roma. Desnudos de hombres y mujeres poblaban sus enormes lienzos, pero siempre con mal dibujo y colores desvaídos; hasta las nubes que se cernían sobre los campos de batalla que gustaba de pintar parecían desmayadas. No reconoció su fracaso hasta que fue demasiado tarde. Transmitió sus ambiciones a su hijo mayor, Timothy, que salió taciturno de la tumba, con un volumen de las sonatas de Beethoven bajo el brazo y la cara demudada por el rencor.

Timothy había de ser un gran pianista, lo había decidido ella. Fue sometido a todos los sufrimientos, las privaciones y las humillaciones que tan bien conoce un niño prodigio. Llevó una vida solitaria y amarga. Dio su primer recital a la edad de siete años. Tocó con una orquesta a los doce. Al año siguiente realizó una gira. Vestía extrañas ropas, usaba brillantina para sus largos bucles y se suicidó a los quince años. Su madre, despiadadamente, lo había empujado a ello. ¿Y cómo había cometido tal error aquella mujer tan apasionada y abnegada? Es posible que hubiera querido curar o vengar un resentimiento que, por nacimiento o desventuras, había albergado contra la maldita cofradía de los hombres y las mujeres satisfechos. Quizá pensó que la fama pondría un fin a todo aquello, que si ella era una pintora famosa o él un célebre pianista, jamás volvería a sufrir la soledad o el desprecio.

Aunque hubiera querido, Richard no podría haber evitado que el tío Tom acudiera a la convocatoria. No podía hacer nada. Se había dado cuenta demasiado tarde de que la fascinación de la cómoda era la fascinación del dolor, y se había comprometido con ambos. El tío Tom se presentó con la gracia de un antiguo atleta. Era un tenorio. Nadie había sido capaz de seguir de cerca sus idilios. Cambiaba de chica todas las semanas; a veces en mitad de una semana. Tuvo decenas, centenares que pudieron haber sido miles. Llevaba en brazos a su hijo más joven, Peter, que usaba un aparato ortopédico en las piernas. Peter quedó lisiado aun antes de nacer, desde que en el curso de una disputa entre sus padres, el tío Tom tiró escaleras abajo a la tía Louisa.

La tía Mildred llegó por los aires muy envarada, se acomodó estirando su falda azul hasta más abajo de las rodillas y dedicó a la abuela una mirada inquieta. La anciana había concedido a Mildred la emancipación, como si fuera una nación consolidada por

tratados y pactos, banderas e himnos. Mildred sabía que la pasividad, la costura y las faenas domésticas no eran para ella. Rebajarse a ser una ama de casa satisfecha hubiera sido ceder al tirano los territorios que su madre había conquistado con la espada para toda la eternidad. Sabía demasiado bien lo que *no* tenía que hacer, pero nunca llegó a decidir lo que sí debía hacer. Escribía narraciones históricas. Escribía versos. Trabajó durante seis años en una obra sobre Cristóbal Colón. Su marido, el tío Sidney, empujaba el cochecito del niño y a veces pasaba el aspirador por la alfombra. Ella lo vigilaba furiosa mientras él realizaba las tareas domésticas. Él le había usurpado sus derechos, anulado sus capacidades. La tía Mildred se echó un amante, y después de haber acudido tres o cuatro veces al hotel donde se veían, pensó que se había encontrado a sí misma. No era una de las oportunidades que su madre le había ofrecido, pero era mejor que Cristóbal Colón. El amor furtivo era su aportación deliberada a la causa. El sórdido asunto tuvo un final también sórdido, con descubrimientos, cartas anónimas y amargura. Su amante se fugó, y el tío Sidney se dio a la bebida. El tío Sidney salió tambaleándose de la tumba y se sentó en el sofá junto a Richard. Apestaba a licor. Había estado borracho en todo momento desde que había descubierto la locura de su esposa. Tenía la cara hinchada, y una barriga tan prominente que había reventado un botón de la camisa. Tenía, también, vidriosos los ojos y los sesos. Ebrio como estaba, dejó caer sobre el sofá un cigarrillo encendido y el terciopelo empezó a humear. Richard parecía condenado al papel de mero observador; no podía hablar ni moverse. Entonces, el tío Sidney advirtió el fuego y vertió el contenido de su vaso de whisky sobre la tapicería. El whisky y el sofá ardieron. La abuela, que estaba sentada en la antigua silla Windsor guarnecida de clavijas, se puso en pie de un brinco, pero las puntas le engancharon el vestido y le rasgaron la parte de atrás. Los perros empezaron a ladrar, y Peter, el joven lisiado, se puso a cantar con voz débil, blasfemamente sarcástica: «¡Alegría en la tierra! El Señor ha venido. Que el cielo y la naturaleza canten...», ya que Richard había recreado una cena de Navidad.

En un momento determinado —tal vez cuando compró el jarrón de plata—, Richard se entregó a los horrores del pasado, y su vida, como muchas otras cosas de la naturaleza, cobró la forma de un arco. Sin duda antaño hubo cierta dicha, cierta claridad en su amor por Wilma, pero una vez que la cómoda ocupó un lugar dominante en la casa, Richard pareció remontarse a los desdichados días de su infancia. Fuimos a comer con ellos; creo que era un Día de Acción de Gracias. La cómoda estaba en el comedor, sobre su alfombra de misteriosos símbolos, y el jarrón de plata estaba lleno de crisantemos. Richard hablaba con su mujer y sus hijos en un tono ofensivo que yo había olvidado. Se peleaba con todo el mundo; incluso discutió con mis hijos. ¿Por qué la vida es para algunos un exquisito privilegio mientras que otros tienen que pagar por asistir al teatro del mundo un precio de cólera, pesadillas e infecciones? Nos marchamos en cuanto pudimos.

Al llegar a casa, cogí el centro de mesa de cristal verde que había pertenecido a la tía Mildred y lo rompí con un martillo. Luego tiré al cubo de la basura el costurero de la abuela, quemé su mantel de encaje hasta hacer un gran agujero y enterré en el jardín sus objetos de peltre. A la calle fueron a parar las monedas romanas, el abanico chino y el caballito de mar de Venecia. No debemos querer otras cosas aparte de nuestra ocasional comprensión de la muerte y el volcánico amor que nos impulsa a unirnos los unos con los otros. ¡Fuera el búho disecado de la sala de arriba y la estatua de Hermes sobre su palestra! Empeña el collar de color rubí, tira la invitación para ir al Buckingham Palace, salta una y otra vez sobre el pulverizador de perfume de cristal de Murano y los platos de pescado de Cantón. Prescinde de todo lo que te estorba o pone obstáculos a la consecución de tu propósito, estés dormido o despierto. Limpieza y valor sean nuestro santo y seña. Ningún otro servirá para pasar ante el centinela armado y franquear la montañosa frontera.

